

binete francés, de acceder á lo solicitado por el gobierno de San Petersburgo para utilizar la fábrica de armas de Chatellerault. Con este motivo, se establecieron entre las administraciones militares de los dos países relaciones perseverantes y cordiales, pudiendo Francia prestar inestimables servicios á Rusia. Fueron á París muchos oficiales del ejército imperial, los cuales, guiados por el general Miribel y por su colaborador y sucesor, el general Boisdefre, estudiaron con fruto los procedimientos de movilización, de transportes de tropas y de avituallamiento de los franceses, yendo ingenieros de estos á Rusia para montar sobre las mismas bases que en su patria la fabricación de municiones. Elevado Freycinet á la presidencia del Consejo de ministros el diez y siete de Marzo de mil ochocientos noventa, Ribot reemplazó á Spuller en el departamento de Negocios Extranjeros. Aunque Ribot no se hubiese aplicado especialmente hasta entonces al estudio de las cuestiones internacionales, comprendía la posibilidad de imprimir á la acción de Francia en lo exterior una impulsión decisiva. Las primeras conversaciones que tuvo acerca de este particular con Freycinet y con el presidente de la República, le confirmaron en su opinión. Se propuso, en su consecuencia, vigorizar la acción política de Francia en Europa, no en el sentido de querer intervenir en los asuntos de otros Estados, sino desde el punto de vista del interés propio. En Rusia, era de cada vez más visible la tendencia á ligarse con Francia. La renovación anticipada y ruidosa de la Triple Alianza, en los primeros meses de mil ochocientos noventa, puso más de relieve el significado verdadero de la unión de las tres potencias. La línea de conducta que Francia debía seguir se la trazaban los acontecimientos. Ribot se atuvo á ella, secundando las miras de Freycinet y Carnot, por más que á veces pudiera observarse en sus actos cierta perplejidad, nacida de su temor de molestar á Inglaterra, que era objeto de sus simpatías por razón de gustos, educación y liberalismo; mas, de cualquier modo, sus vacilaciones nada importan ante el conjunto de hechos que coronaron brillantemente las fiestas de Cronstadt.

Poco tiempo llevaba de ser ministro Ribot, cuando Francia tuvo ocasión de demostrar á Rusia una vez más su interés y solicitud en complacerla. Constant, ministro de lo Interior, fué advertido de que se habían refugiado en París algunos nihilistas. La Dirección de Seguridad General y la Prefectura de policía, cumpliendo las órdenes del ministro, se pusieron á espiarlos, redoblándose la vigilancia de que eran objeto al saberse que se dedicaban á fabricar máquinas explosivas, con el designio de utilizarlas en Rusia. El barón de Mohrenheim no cesaba de pedir que se echase mano á los nihilistas, para desbaratar sus criminales proyectos. Freycinet, Ribot y Constant le prometieron no perderlos de vista un solo instante; pero esto no bastaba á tranquilizar al barón, que todos los días visitaba á Constant en demanda de la orden de arresto contra sus compatriotas. «No hay prisa, le contestaba el ministro. Ninguno de ellos puede escaparse, y no conviene detenerlos hasta poder sorprenderles en flagrante delito de fabricación, para apoderarse al

par de sus personas y de las bombas.» Y así fué. El veintinueve de Mayo, al amanecer, los nihilistas eran presos en número de nueve, cayendo en manos de la policía papeles que los comprometían, explosivos y aparatos. Las bombas, sometidas á experiencias en el bosque de Meudon, produjeron efectos destructores espantosos. El emperador de Rusia, puesto al corriente por su representante de la conducta que había observado el gobierno francés, expresó á Laboulaye su reconocimiento con sincera efusión.

Ya en la fecha á que hemos llegado, puede decirse que los dos países estaban tácitamente de acuerdo en aliarse. Ni uno ni otro habían hecho aún declaraciones explícitas; pero la fuerza incontrastable de las cosas les impulsaba á unirse. No debe, por tanto, extrañar que, en el mes de Agosto, se les ocurriese á Freycinet y al ministro de Marina que fuera á Cronstadt la escuadra francesa del Báltico: tenían motivos para saber que los marinos rusos deseaban fraternizar con sus colegas franceses, aunque ignoraban la solemnidad é importancia que el acto debía revestir, por voluntad de Alejandro III. El gobierno de San Petersburgo aceptó con mil amores la idea de la visita; pero, en lugar de verificarse ésta á mediados del próximo Septiembre, como en París se había pensado, hubo de aplazarse por diversas causas hasta el mes de Julio del siguiente año. En el intermedio, Carnot recibió del Czar la gran cruz de San Andrés, que fué la primera condecoración extranjera que pudo lucir. Transparentábase, bajo todas las formas posibles, el propósito de Alejandro III de granjearse el amor de los franceses. Flourens, que fué á Rusia como presidente de la sección francesa de la Exposición de Moscou, se convenció plenamente de estas disposiciones del emperador en la conversación que con él tuvo, en audiencia íntima. Las tendencias radicales del gobierno de la República lastimaban, sin duda, los sentimientos autoritarios del monarca ruso; pero los escrúpulos y las preocupaciones del autócrata cedían bajo el fuerte impulso del interés político.

Poco antes de ponerse en camino la flota francesa para dirigirse al Báltico, Laboulaye dimitió el cargo de embajador en San Petersburgo. Ignoráronse durante algún tiempo las causas de esta renuncia; más después se supo que había obedecido simplemente á rozamientos de índole privada, ocurridos entre el diplomático y su jefe Ribot. En vísperas de llegar á Cronstadt los buques franceses, Laboulaye tornó á Rusia, aunque con carácter interino.

Los marinos de la República fueron recibidos con ruidoso entusiasmo en Rusia. El emperador les colmó de agasajos, visitando la escuadra y brindando en honor de Carnot. A petición suya, en su presencia y la de toda la familia imperial, tocóse *La Marsellesa*, que los circunstantes oyeron de pie. Las fiestas de Cronstadt causaron en Francia, en Rusia, en el mundo entero, profundísima impresión, la cual hubo de aumentarse cuando, en su viaje de regreso, la flota francesa se detuvo en Portsmouth, en donde la emperatriz reina la pasó revista el veintiuno de Agosto. Todos estos sucesos inflamaron la fan-

tasía popular, que esperaba ver surgir inmediatamente acontecimientos extraordinarios. No obstante, los políticos los apreciaron como prenda de paz y no cual síntoma de guerra. El periódico *El Nord* emitió el siguiente juicio: «Si antes era de temer que Francia, en su legítimo orgullo de gran potencia, experimentara la tentación de encabritarse bajo el freno de una paz impuesta y, por decirlo así, coercitiva, hoy que no se siente sola, cooperará con alegre y libre espontaneidad al mantenimiento de la estabilidad.» La opinión de los gobiernos fué casi la misma. En el parlamento austro-húngaro, el conde de Kalnoki, después de decir que creía más firmemente que nunca en la conservación de la paz, declaró que, á su juicio, no había ocurrido ningún cambio en la situación de Europa. El nuevo canciller de Prusia, Caprivi, que acababa de suceder á Bismarck, habló «de la restauración del equilibrio europeo», mitigando con estas palabras el mal efecto producido por un brindis indiscreto del emperador Guillermo II y del cual su autor pareció arrepentirse, pues modificó su contexto, al corregirlo, antes de entregarlo de lleno á la publicidad. Francia, por su parte, esforzóse en hacer resaltar el carácter pacífico de su amistad con Rusia. Freycinet, en el discurso que pronunció en Vandeuvre, al terminarse unas maniobras militares en que figuraran ciento veinte mil hombres, expresóse de esta manera: «Nadie duda hoy que seamos fuertes; probemos que somos prudentes»; y Ribot dijo, con ocasión de inaugurarse en Bapaume el monumento elevado al general Faidherbe: «Traemos una garantía necesaria al equilibrio general. Nuestro único mérito consiste en haber continuado la labor de nuestros antecesores, y quizá en haber comprendido que era llegada la hora de dar á sus esfuerzos la sanción que el país les había ya otorgado.» Seguramente, si Bismarck hubiese seguido rigiendo la política de Alemania, se habría opuesto con todas sus fuerzas á la aproximación de las dos naciones. «Mientras sea el amo, había dicho al conde de Saint-Vallier, no permitiré á Francia aliarse con Rusia. No me resignaré á estar entre dos enemigos.» Es difícil presumir de qué medios se habría valido para salir adelante con su empeño; pero todo era de esperar de su fecunda inventiva.

La palabra *alianza*, para designar el pacto establecido entre el imperio de los Czares y la República francesa, se empleó por primera vez en la Cámara de representantes por Hanotaux, el diez de Agosto de mil ochocientos noventa y cinco, no habiendo modificado en nada la muerte de Alejandro III la situación recíproca de Francia y Rusia. El viaje del emperador Nicolás II y de la emperatriz Alejandra Feodorovna á Francia, el del presidente Félix Faure á San Petersburgo, y otros actos de cortesía y nuevos servicios cambiados entre los dos países, han revelado que la inteligencia subsiste, cordial y duradera.



CAPÍTULO VIGÉSIMO-CUARTO

Guillermo II de Alemania.—Estabilidad de la República francesa.—La política rusificadora de Alejandro III y Nicolás II

FEDERICO III, el hijo primogénito del emperador Guillermo, gozaba de muchas simpatías y había despertado grandes esperanzas entre sus compatriotas por su inteligencia, su valor y sus nobles prendas de carácter, además de parecer tener sentimientos ó ideas liberales. Desgraciadamente, cuando subió al trono estaba agonizando. Había nacido en mil ochocientos treinta y siete, y en las guerras titánicas sostenidas por su padre, mandó ejércitos y la victoria le coronó con sus laureles: en Koniggrätz, su oportuna llegada al campo de batalla decidió la suerte del combate; en Wærth y en Sedan, batió á Mac-Mahón. Desde la conclusión de la última guerra, vivía si no en desgracia, bastante alejado de los negocios, á pesar de ejercer el cargo de inspector de los ejércitos del Sur y el de presidente del Consejo de Estado: quizás el viejo emperador desconfiaba de las ideas liberales que se le atribuían y de su afición á las personas y cosas de Inglaterra. Su esposa, hija de la reina Victoria, había sido educada por sus padres en las costumbres parlamentarias de su país. Federico la amaba con ternura casi humilde, y se sometía gustoso á su influencia. La terrible enfermedad que condujo en breve al sepulcro al nuevo emperador, se le había presentado en mil ochocientos ochenta y siete. Un año antes, en las fiestas de la Universidad de Heidelberg, que celebraba el quinto centenario de su fundación, entusiasmó á los presentes con su gallarda apostura y el encanto de su palabra; pero poco después enronqueció y, en el acto solemne de felicitar á su padre el día que cumplía noventa